



INSTITUTO CARO Y CUERVO

BOGOTÁ — COLOMBIA

Apartado Aéreo 20002

NOTICIAS CULTURALES

NÚMERO 91

1º de agosto de 1968

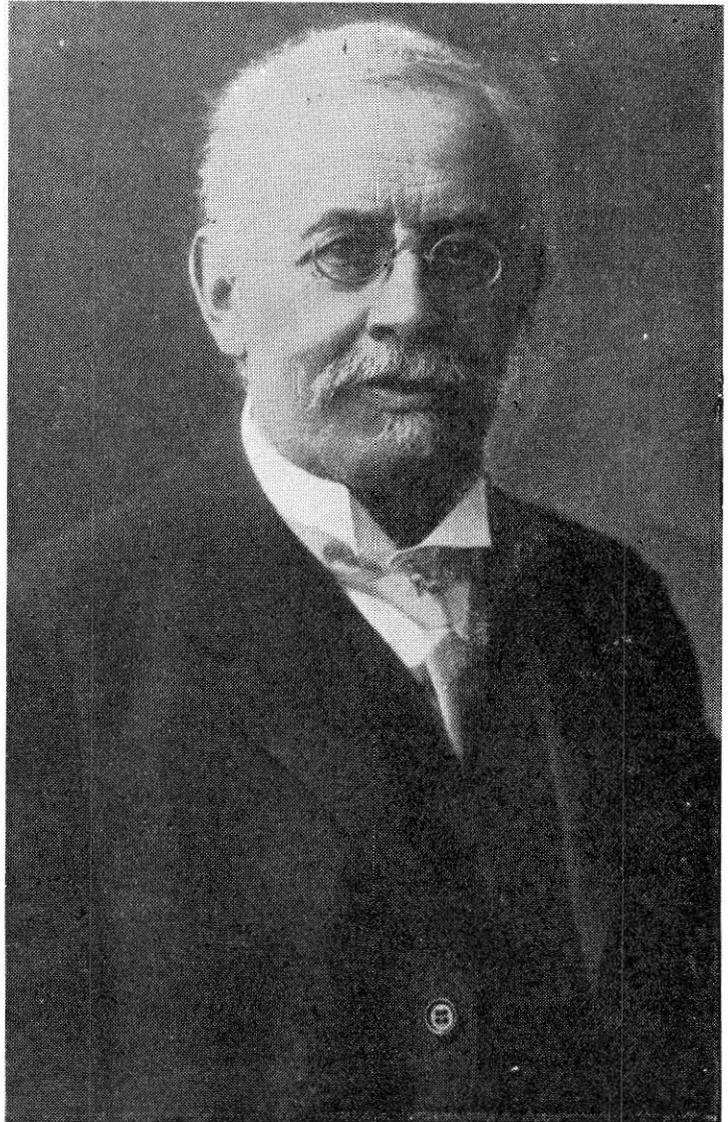
ARCHIVO EPISTOLAR COLOMBIANO

RUFINO JOSE CUERVO Y HUGO SCHUCHARDT

SU RICA E INTERESANTE CORRESPONDENCIA ACABA DE PUBLICARSE

Estando Rufino José Cuervo próximo a dejar su patria para siempre —mayo de 1882—, recibió una larga y ceremoniosa carta en español de Hugo Schuchardt, fechada el 19 de febrero de dicho año, en la cual el ilustre lingüista alemán pedía al autor del “escelente libro sobre el lenguaje bogotano” (las famosas *Apuntaciones*) “informes relativos a otros idiomas de origen latino que también se hablan dentro de los límites de su patria”. Cuervo no demoró en contestar a Schuchardt, en una carta hoy perdida, pero cuyo contenido conocemos indirectamente, prometiendo escribirle con más detalles desde París, lo cual efectivamente hizo el 31 de julio de 1882. Así nació uno de los más interesantes y ricos epistolarios sostenidos por Cuervo con lingüistas europeos.

No quiso el destino que Cuervo y Schuchardt se conocieran personalmente, y sin embargo en dos ocasiones estuvieron a punto de encontrarse. En el verano de 1887 Cuervo viaja a Bad Ems (Alemania), con el propósito de tomar allí baños medicinales, y con la esperanza de conocer a su amigo, quien solía ir, también en el verano, a las mismas aguas termales. Pero justamente ese año, mientras don Rufino está en Bad Ems, Schuchardt se traslada a París, de donde Cuervo había salido pocos días antes. El año siguiente, encontrándose Cuervo de nuevo en Bad Ems, escribe a Schuchardt diciéndole que lo espera, y hace una visita a la madre de su amigo, pendiente también de su llegada. Pero a la postre Schuchardt, por motivos de salud, no puede reunirse con ellos.



HUGO SCHUCHARDT

El no haberse conocido personalmente no fue, sin embargo, obstáculo para que entre Cuervo y Schuchardt naciera y se conservara sin sombra una cordial amistad que duró veintiocho años y que podemos seguir paso a paso en la correspondencia. No existe circunstancia afortunada en la vida de uno de los amigos que no sea saludada con felicitaciones por el otro, y tampoco falta el mutuo sincero consuelo en las penas y lutos. A pesar de que su trato no llega nunca a notoria intimidad, mantienen ambos corresponsales cierto tono familiar y hasta de humor, especialmente Schuchardt, quien, consciente o no de ello, saca ventaja, en este sentido, del español incorrecto pero espontáneo que emplea en sus primeras cartas. En los últimos años el epistolario se reduce a tarjetas postales con saludos de año nuevo, debido a que Cuervo y Schuchardt padecen con frecuencia enfermedades y dolores que les impiden escribir. A cada paso encontramos frases como estas: “el año que acaba me he visto muy aquejado de achaques de cabeza que casi del todo me han impedido trabajar” (Cuervo); “todo el verano pasé en un analfabetismo completo” (Schuchardt). El no prestar atención suficiente a este fondo de enfermedad y dolencia física que acompaña los últimos años de ambos lingüistas, falsearía su retrato y llevaría a subestimar los grandes esfuerzos que debían hacer para alcanzar sus fines científicos.

CARÁCTER CIENTÍFICO DEL EPISTOLARIO

Y científico es, ante todo, el carácter de esta correspondencia. Los idiomas llamados criollos, textos literarios españoles de ‘sabor local’, algunas cuestiones de fonética y etimología de que se ocupa Schuchardt, y el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, varios étimos (*lubricán, augur*, etc.) y la edición y corrección de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y otros trabajos a que se dedica Cuervo, además de algunas cuestiones acerca de los neogramáticos, constituyen los temas centrales de la correspondencia. Y en ella campean, invencibles, la lealtad al amigo, el regocijo con el éxito del otro, la defensa de las propias opiniones, y también la aceptación de las correcciones que, bien fundadas y sin otro fin que el mejoramiento de la obra, se hacen el uno al otro.

HUGO SCHUCHARDT

Hugo Schuchardt nació en Gotha (Alemania), el 4 de febrero de 1842. Era, pues, dos años mayor que Cuervo. En 1861 inició sus estudios filológicos en la Universidad de Bonn, donde fue discípulo, entre otros, de Friedrich Wilhelm Ritschl, helenista y latinista de fama, y de Friedrich Diez, el fundador de la lingüística románica en Alemania. En 1864 presentó su tesis doctoral, *De sermonis Romani plebei vocalibus*, que dio origen a su famosa obra, *El vocalismo del latín vulgar*, terminada de publicar en 1868. En 1873 fue nombrado profesor en la Universidad de Halle y en 1876 pasó a Graz (Austria), donde enseñó filología románica hasta 1900, año en que se retiró de la cátedra por motivos de salud. Murió el 21 de abril de 1927.

LA LENGUA EN SU ACTIVIDAD CREADORA

Según dice el mismo Schuchardt “solo la ciencia genética es verdadera ciencia”, y “el lingüista se ocupa del *proceso* del lenguaje”. Lo que interesa a Schuchardt como lingüista es la lengua en su actividad creadora; no en su resultado histórico —fundamento de los positivistas y neogramáticos—, ni como organismo independiente —concepto naturalista—. Schuchardt es un espiritualista del lenguaje y sienta la lingüística sobre la base humboldtiana de la *energeia*, o actividad creativa de la lengua, viendo como momento principal de esta, aquel en que el pensamiento —según Amado Alonso— busca expresarse en palabras. Con razón dijo de él M. Friedwagner (*Necrología de Hugo Schuchardt*, 1928) que había fecundado toda la ciencia lingüística de su tiempo, tanto con sus propias originales concepciones, como con algunas ideas del pasado, revisadas y actualizadas por él. Schuchardt extendió su interés a muchas lenguas: las romances, las germánicas, las semitas, las caucásicas, el vasco, el celta, el húngaro... y a todas dedicó estudios monográficos de mucho valor. Lamentablemente no se preocupó por ordenar sus concepciones más generales de la lengua en un cuerpo sistemático de doctrina, y sus ideas quedaron dispersas en muchos artículos y reseñas.

LA EDICIÓN

Su importante correspondencia con Rufino José Cuervo ha sido editada ahora por el

Instituto Caro y Cuervo, como segundo volumen del Archivo Epistolar Colombiano, al cumplirse el centenario de la publicación de *El vocalismo del latín vulgar*. Consta esta correspondencia de 82 cartas de Cuervo y 59 de Schuchardt, de las cuales hay escritas en alemán 18 y en francés 4; las restantes fueron redactadas en español. Para facilitar la consulta del epistolario, se publica en apéndice la traducción al español de las cartas alemanas y francesas de Schuchardt. Para la edición se dispuso de los autógrafos de Schuchardt que Cuervo donó a la Biblioteca nacional de Colombia y de una fotocopia de las cartas de Cuervo que se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Graz, en la cual fueron depositados los papeles y libros de Schuchardt, después de su muerte en 1927.

La edición, adornada con ilustraciones, ampliamente anotada, provista de índices de nombres propios y de las palabras y expresiones estudiadas en las cartas, y precedida de un estudio preliminar, fue hecha, por encargo del Instituto, por Dieter Bross, joven investigador alemán, alumno del Seminario Andrés Bello en 1964, quien empezó su trabajo de transcripción, de anotación y de prólogo en Bogotá y lo continuó y terminó en Alemania, donde disponía de elementos especiales para estudiar a Schuchardt. El trabajo de Bross, revisado y completado por Jorge Páramo Pomareda con la ayuda de Luis Simbaqueba Reina, miembros del Caro y Cuervo, es con-

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
ARCHIVO EPISTOLAR COLOMBIANO
II

EPISTOLARIO
DE
RUFINO JOSE CUERVO
Y
HUGO SCHUCHARDT

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
DE
DIETER BROSS



BOGOTÁ
1968

tribución importante al conocimiento de los dos sabios lingüistas que durante muchos años mantuvieron ejemplares vínculos de amistad y colaboración intelectual.

LA RESTAURACION DE MONUMENTOS HISTORICOS EN FRANCIA

La Caja Nacional de Monumentos Históricos otorgó recientemente, en el gran salón del Castillo de Maisons-Laffitte, los premios del concurso de las obras de restauración realizadas gratuitamente por grupos de jóvenes.

El jurado estaba integrado por el presidente de la Caja, don Roland Cadet, el director de Arquitectura, un delegado del Ministro de Estado encargado de los Asuntos Culturales, dos arquitectos de los Monumentos Históricos y dos periodistas. Podían participar en el concurso los grupos de jóvenes que trabajan gratuitamente en la restauración de monumentos o en mejorar los lugares clasificados entre los mismos. Se presentaron 90 grupos, de los cuales se seleccionaron diecinue-

ve, a causa de la importancia de las obras, del valor estético de los trabajos realizados o del esfuerzo llevado a cabo.

El Primer Premio recayó en la *Asociación para la protección y restauración del París histórico*, por las obras realizadas en los inmuebles 44 y 46 de la calle François Miron, de París.

En la alocución pronunciada por don Roland Cadet, con motivo de la adjudicación de los premios, recordó todo lo hecho por la Caja Nacional de Monumentos Históricos, a favor de la renovación de los monumentos históricos que forman parte del patrimonio nacional, así como para facilitar el acceso y el conocimiento de los mismos en pro de la democratización de la cultura.

JOSE EUSEBIO CARO

Y

EL HUMANISMO COLOMBIANO

VIDA Y MUERTE DE CARO

Nace José Eusebio Caro en Ocaña de Colombia en el año de 1817, cuando tocaba ya a su fin la gesta libertadora. Llega a la mayor edad en el momento en que, entre las convulsiones de nuestro patético y lluvioso siglo XIX americano, se organizan las nuevas repúblicas, ya desaparecido el genio tutelar de Bolívar. Niño todavía, pierde a su padre en circunstancias dramáticas. Vive una estu- diosa adolescencia en la monástica ciudad de Santa Fe de Bogotá. Doctos varones le comunican el gusto por las disciplinas clásicas y el amor inteligente a los grandes modelos grecolatinos. Pero al mismo tiempo el huracán romántico había traspuesto los Pirineos y, saltando sobre el mar, volaba por el aire propicio de la América recién liberada. Está dotado Caro de una inextinguible y ávida curiosidad intelectual. Lee a los románticos ingleses y franceses, particularmente a los primeros. Ya en edad muy juvenil escribe sus primeros poemas: apasionados, turbadores, meditabundos, extrañamente modelados, sorprendentes en el ambiente seudoclásico que lo rodea. A los veinte años es un poeta hecho, en la plenitud de sus dones, recursos y designios. Y ya desde los veinte años el amor y la política le enardecen y le alzan como dos grandes alas. Su vida se vio llena de contradicciones. Padeció inclusive destierros políticos y campañas militares. Tiene su existencia una orla fascinadora de amor y de aven-

tura, heroísmo y poesía. Es un Ariel americano, melancólico y guerrero.

La muerte sorprendió a José Eusebio Caro en las playas de Santa Marta, cuando regresaba de los Estados Unidos de Norteamérica para reincorporarse a su hogar tan amado, a la vida literaria y a las luchas civiles de la Nueva Granada. Una fulminante fiebre epidémica le abatió en pocos días. Murió el 28 de enero del año 1853, a los treinta y seis años de edad. Su cuerpo fue sepultado en un cementerio rústico cercano al Mar Atlántico. Al poco tiempo una tempestad invadió y arrastró el cementerio marino. Los despojos de Caro desaparecieron para siempre. Se cumplía su vaticinio escrito en la última estrofa, sobrecogedora, de aquel solemne y hermosísimo poema que se llama *En alta mar*.

¡Oh! ¡Morir en el mar! ¡Morir terrible y solemne,
digno del hombre! Por tumba el abismo, el cielo
[por palio.

Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla;
¡que eche encima el mar sus olas y el tiempo sus
[años!.

El congreso de la Nueva Granada honró su memoria con estas espartanas palabras lapidarias que, por otra parte, lo anota don Tomás Rueda en un escrito memorable, denuncian la antigua y ya desaparecida sobrie-

dad colombiana: “La República reconoce los eminentes talentos, el genio vasto y profundo y el nobilísimo carácter de José Eusebio Caro, y llora en la tumba de este joven ilustre, la irreparable pérdida de una de las más bellas glorias de la patria”.

POESÍA DE PATRIA,
AMOR Y NOSTALGIA

Confluían en José Eusebio Caro, logrando una bella y difícil unidad humana, una mente filosófica, un espléndido conductor político y un gran poeta (“lírico genial” le llamó Menéndez y Pelayo). Nos ocupamos exclusivamente del poeta. Cuatro vetas brillan en su obra. Hay en Caro un poeta civil que esgrime la poesía en defensa de su credo político. Hay un poeta nacional que, en la patria o en el destierro, supo cantar bellamente y reducir a versos emocionados, nostálgicos, fragantes, nuestra tierra colombiana. En algunos de estos poemas se respira el aire de nuestra patria, se respira el aire tierno, dorado, florido, del huerto de la infancia con su olor de azahar:

En un vaso un tierno ramo
llevo de naranjo en flor:
¡El perfume de la Patria
aún respiro en su botón!
El mi huesa con su sombra
cubrirá; ¡y entonces yo
dormiré mi último sueño
de sus hojas al rumor!
¡Adiós, adiós, Patria mía!

Hay una tercera veta en la poesía de Caro: es la del gran lírico amoroso. Pero en él, como en todos los grandes líricos del amor en nuestra lengua, se expresan, estrechamente enlazados, el afán del corazón y el sentimiento de lo percedero. La cuerda de llanto de las elegías acompaña el són de sus canciones amorosas. Y la sensación de nuestros límites



JOSE EUSEBIO CARO

GRABADO DEL FAMOSO ARTISTA ESPAÑOL
BARTOLOMÉ MAURA Y MONTANER.

—el tiempo y el espacio— pone una humedad de lágrimas y un dejo suspirante en sus poemas:

¡Recuerdo dulce y triste
del tiempo que ha volado!
¡del tiempo fortunado
que nunca volverá!
despreciar lo que existe,
tal es la ley del hado;
y llorar lo pasado
¡y ansiar lo que será!

Escribe Caro, al lado de sus grandes odas, entonadas en alta voz, tiernas canciones de acento confidencial y con ellas inicia y anuncia el mejor romanticismo: el romanticismo selecto, asordinado, en tono menor, a lo Bécquer, a lo José Asunción Silva. Así en la melodía tierna y entrecortada de *Estar contigo*:

No te hablaré de grandes cosas;
quiero más bien verte y callar,
no contar las horas odiosas
y reír oyéndote hablar.
...tratarte como a un viejo amigo
que en nuestra infancia nos amó;
volver a mi vida pasada,
olvidar todo cuanto sé,
extasiarme en una nada
y llorar sin saber por qué...

Hay también en Caro un hondo elegíaco. Escribe algunas graves lamentaciones, como aquellas, muy juveniles, a la memoria de su padre, que cierra este verso magistral: "Y espera en ti mi amor, que en nada espera". Pero casi toda su poesía es de carácter elegíaco. Al enamorado, al desterrado, le duelen la ausencia y la lejanía. Le duele a Caro la herida del infinito. Pero esta congoja metafísica no se resuelve en desesperación. Se torna cristiana conformidad y ansia de inmortalidad. Hay una estrofa suya en la que parece resonar el último eco de la lira de Manrique:

Mientras tenemos, despreciamos;
sentimos después de perder,
y entonces aquel bien lloramos
que se fue para no volver.

CARO Y EL HUMANISMO COLOMBIANO

Se ha hablado de la poesía filosófica de Caro. La verdad es que nuestro poeta jamás intenta (salvo en alguna composición de carácter político y polémico) exponer ideas o de-

fender un sistema dado. Ocurre solo que allí, como en la obra de todo lírico verdadero, corre el pensamiento cual una secreta y generosa circulación. Aquí cabe señalar, así sea de paso y de prisa, el solemne y hermosísimo, el hondo y estremecedor poema de andadura hexamétrica, *En alta mar*, ejemplo de poderosa condensación lírica (iba a escribir, conceptual) y de rotunda contención clásica en plena fiebre romántica. (Este poema tan bellamente simétrico y patético puede figurar con dignidad en la más exigente antología universal del tema; yo lo asocio siempre al *Cementerio marino*, de Valery).

¡Mar eterno! ¡por fin te miro, te oigo, te tengo!
¡Antes de verte hoy, te había ya adivinado!
¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!
¡Cerco fatal! ¡maravilla en que centro yo hago!
¡Ah! ¡que esta maravilla conmigo forma armonía!

Otras muy variadas reflexiones suscita la obra de Caro (obra breve y juvenil como que fue casi toda ella escrita entre los veinte y los treinta años del poeta, de 1835 a 1843), tan esencial y medular. Cabría extenderse, por ejemplo, sobre sus anticipaciones a Bécquer, a Darío, al modernismo general y aun al simbolismo; cabría disertar acerca de la variedad y riqueza de su métrica, sobre las combinaciones estróficas y los ritmos que ensayó o restauró y remozó. Y conmoverse ante su prosa en forma de cartas a Delina, que vale su poesía en verso.

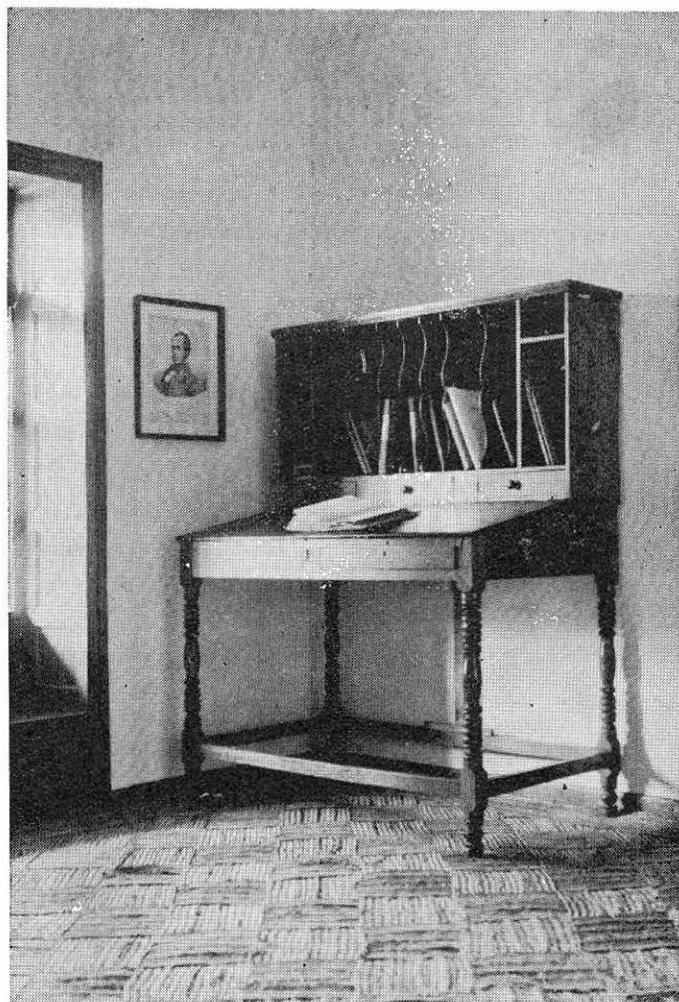
El romanticismo significó, generalmente, desorden y furia expresiva, incontinencia verbal, elocuencia, música facilona e impudor cordial. Caro es, en este aspecto, una de las contadas excepciones. En él se alían el fuego romántico y la clásica contención. Caro sabe gobernar sus fuegos; es un romántico clásico y con ello se integra a una constante tradicional de la poesía colombiana.

Aún ahora, desaparecidos nuestros grandes humanistas del 900, sigue latiendo su influ-

jo en la cultura colombiana, y la poderosa emanación de su recuerdo y de sus obras configura y determina todavía, en cierto sentido, el carácter de nuestra actividad espiritual dotándola de una signatura clásica y de un ímpetu hacia la jerarquía, hacia el orden, hacia el equilibrio, hacia la música de las estrellas.

Nuestra Grecia y nuestra Roma nos llegan a través de España y repensadas en lengua de Castilla. A la cristiana y a la castellana. Han pasado antes por el huerto horaciano de Fray Luis de León, por la secreta escala de San Juan de la Cruz y por la piedra normativa de El Escorial. Y ese humanismo colombiano, americano, hispanoamericano, se funda, como el humanismo español, sobre la unidad del hombre defendida por Vitoria a la que corresponde una unidad geográfica realizada por Elcano y Balboa, pues desde la cima de una montaña colombiana ojos cristianos y occidentales vieron por vez primera la patética vastedad del Océano Pacífico. Sirvanos la memoria egregia de Caro para reafirmar nuestra fe en el humanismo hispanoamericano.

José Eusebio Caro es el gran poeta inaugural de nuestra patria.



ESCRITORIO DE JOSE EUSEBIO CARO
Se conserva en el Museo Literario de Yerbabuena.

EDUARDO CARRANZA

EL FRANCÉS, LENGUA DE DOSCIENTOS MILLONES DE HOMBRES

El Secretario de Estado de Asuntos Exteriores de Francia, al presentar ante la Comisión de Asuntos Extranjeros de la Asamblea Nacional el fascículo presupuestario sobre las relaciones culturales con el extranjero y la cooperación técnica, destacó que, en 1968, se intensificará especialmente la cooperación cultural con los países francófonos; después se dará impulso a la influencia francesa en los países del Este, a la penetración de la enseñanza del

francés en diversos países anglófonos de Africa y Asia, y, finalmente, se continuará una vigorosa ofensiva en el terreno científico.

El francés, lengua de los sectores más distinguidos del siglo XVIII, se ha convertido en la actualidad en una lengua de masas que se habla en más de treinta países del mundo, y es la lengua de comunicación de doscientos millones de personas.

LA MUERTE DE JUAN GARCÍA DEL RÍO

Esta vez nuestro "Reloj Literario" no da la hora exacta, pero presenta un documento desconocido referente al deceso de Juan García del Río, colombiano ilustre, muerto en la ciudad de México el jueves 15 de mayo de 1856. Los investigadores suramericanos que se han ocupado de la vida y obra de García del Río, entre ellos el no menos ilustre José Manuel Rivas Sacconi, Director del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, se han dirigido infructuosamente a diversas instituciones mexicanas en busca de documentos, acta de defunción civil o religiosa, testamento que debió de otorgar en favor de su esposa, o en su defecto, información periodística que diera la fecha exacta de su fallecimiento. Los primeros hasta la fecha no se han encontrado, pero la investigación hemerográfica viene hoy a suplir los datos ignorados.

En efecto, se daba, en redondo, el año 1856, como la fecha de su muerte. Así en los numerosos y eruditos trabajos de don Pedro Grases sobre Andrés Bello, del cual fue colaborador y amigo García del Río en distintas ocasiones. El doctor Rivas Sacconi tenía noticia de una nota necrológica aparecida en *El Heraldo* de México que daba la fecha exacta, pues dicho periódico estuvo dirigido por un paisano de García del Río, el señor José A. Godoy, y era natural que por

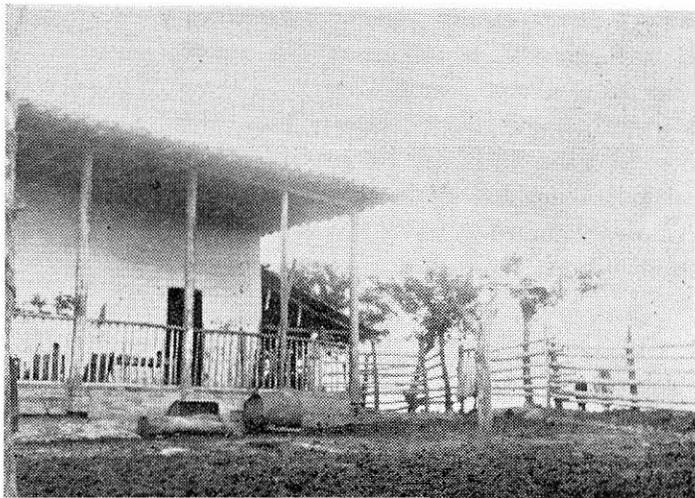
este vínculo estuviera bien informado. Desgraciadamente, la colección de *El Heraldo*, que se conserva en la Hemeroteca Nacional de México, está incompleta: los ejemplares que se conservan no arrojan ninguna noticia sobre García del Río.

Para salvar esa laguna, hemos consultado otros periódicos coetáneos, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*, con el siguiente resultado:

"Defunción.— Leemos en *El Heraldo* [del viernes 16 de mayo de 1856]: A las cuatro y media de la mañana de ayer [jueves 15 de mayo], después de una penosa enfermedad, falleció el Sr. D. Juan García del Río, distinguido escritor Neogranadino. El Sr. García del Río figuró como diputado al Congreso Constituyente de la República de Colombia, como Ministro de Hacienda en el Perú y Encargado de Negocios de la misma República cerca del Gobierno de S[u] M [ajestad] B [ritánica], y en otros altos empleos que obtuvo de las otras repúblicas de la América del Sur. Su extraordinario talento, su vasta instrucción, sus trabajos en diversas materias, en los que probaba sus profundos estudios, le hacían considerar como uno de los sabios americanos. Se había establecido desde hace algunos años en esta capital [México], donde era estimado de cuantos tenían el gusto de conocerle. En su trato era sencillo, sin pretensión de ninguna especie. Su personal era simpático, noble, digno. Acompañamos a la señora su viuda en el sentimiento que esta irreparable pérdida debe haberle causado, y deseamos a nuestro querido amigo el descanso eterno". *El Siglo Diez y Nueve*, México, domingo 18 de mayo de 1856, tomo X, N° 2689, p. 4. *Idem*, en *El Monitor Republicano*, México, lunes 19 de mayo de 1856, año XI, N° 3177, p. 3: "Leemos en *El Heraldo* del viernes del 16 del corriente..."

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ.

TORO, Valle del Cauca. — Casa de campo.
Archivo fotográfico del ALEC (ver págs. 12-15).



ECONOMIA, SOCIEDAD Y LENGUA EN PUERTO RICO

LA HERIDA DE HISPANOAMÉRICA

He aquí un libro¹ que debiera suscitar en la América española un amplísimo debate que examinara críticamente la orientación del desarrollo histórico de estos países y las perspectivas inmediatas de la conservación o pérdida de su individualidad nacional. Porque el minucioso y documentadísimo análisis que con maestría de patólogo social realiza el autor sobre la manera como todo un complejo de valores culturales va desapareciendo absorbiendo inevitablemente por una cultura más fuerte (que no necesariamente superior) pone el dedo en la herida de Hispanoamérica y nos muestra diáfanoamente lo que será nuestro inmediato futuro si los pueblos de estos países no imprimen un viraje definitivo en la marcha de su actual proceso histórico.

AUTOABANDONO DE LA PERSONALIDAD NACIONAL

Y es que el hedonismo de las crecientes clases medias ávidas de abandonar sus valores tradicionales y de entregarse sin reflexión al postor que mayores comodidades aparentes les ofrezca; la propaganda machacona, insistente, mendaz y deformadora; la aceptación irresponsable de la esterilización masiva; la mediatización del movimiento obrero y muchos otros síntomas de atonía o autoabandono de la propia personalidad nacional cuando no de adopción deliberada y gustosa de las formas culturales del pueblo dominador, son fenómenos que en mayor o menor medida se dan en todos nuestros países y que son como lúgubre clarinada que nos anuncia la hora tristísima, ya no en que quedaremos separados unos de otros, como pensaba Cuervo (lo que no sería tan doloroso, pues significaría la formación de culturas propias continuadoras de la hispano-latina), sino en que entregaremos

indignamente como vencidos esclavos cuanto constituyó nuestro espíritu y razón de ser como pueblo y en que seremos arrebañados en la "nación de borregos" de que hablaba un autor norteamericano. Proceso éste infinitamente más vergonzoso y lamentable que el que con amargura preveía Cuervo a finales del siglo pasado.

CONTIENDA CON LA LENGUA DOMINADORA

Y no es que el libro de Granda sea una jeremiada lírica o una grandilocuente polémica sobre la pérdida, quizá irreparable, de un miembro de la comunidad hispánica. Su importancia reside precisamente en que, poniendo a contribución un número impresionante de estudios de antropología social, sociología, economía y lingüística, patentiza el proceso que lleva de la agresión armada y consiguiente reacción del pueblo puertorriqueño (1898-1940) al dominio neocolonialista de la economía de la isla, a la destrucción de las bases socio-económicas (campesinado independiente) de la tradición, al desarrollo capitalista enajenado al extranjero y al cambio consiguiente de los métodos de violencia armada por los más sutiles y refinados de la propaganda, la pseudo-autonomía y el ataque sistemático a las tradiciones del pueblo. Una vez logrado el dominio de la economía, lo demás ha venido por añadidura: las masas de sirvientes de las compañías extranjeras, mixtas o subordinadas, se esfuerzan por adoptar las formas culturales del agresor (período 1940-1968) y olvidan y menosprecian sus valores tradicionales, mientras que una minoría intelectual, privada de influjo en la sociedad, mantiene una noble pero estéril lucha y los últimos reductos de la tradición popular (el jíbaro) desaparecen ante los golpes implacables de la integración capitalista foránea. Finalmente la lengua, *summum* e instrumento de la cultura de un pueblo y molde necesario de su desarrollo, pierde progresivamente funciones sumiéndose en la condición de "vernáculo" y se empobrece cada vez más en la desigual contienda con la lengua dominadora.

¹ *Transculturación e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo (1898-1968)*, por Germán de Granda. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1968, 226 págs. Prólogo de Rafael Lapesa.

EL RETO DE LA HISTORIA
A HISPANOAMÉRICA

Granda ha buceado en el fondo de los fenómenos y ha mostrado claramente que son los procesos económico-sociales y políticos los que en fin de cuentas deciden del destino de una cultura y una lengua. No pretendemos, ni evidentemente lo pretende el autor, que el trabajo en la superficie de los hechos, la preocupación por conservar y mejorar nuestra lengua y nuestras tradiciones sea inútil. Pero

el reto que la historia nos lanza se plantea obviamente en otros campos. El futuro inmediato dirá si estaremos a la altura del momento o si abdicaremos cobardemente, y si la "lengua y la cultura de Hispanoamérica" serán en el curso de unos cuantos decenios meros objetos de museo, desechos abandonados en el taller de la historia.

JOSÉ JOAQUÍN MONTES.

En *El Tiempo*, Bogotá, 7 de julio de 1968.

NUESTRA AMERICA Y LA TRANSCULTURACION EN PUERTO RICO

POR MARIA ISABEL DE LA VEGA

El lector interesado en la actualidad sociológica y política de este continente tiene obligación de enterarse cuanto antes del contenido del libro *Transculturación e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo (1898-1968)* que acaba de salir de las prensas del Instituto Caro y Cuervo y del cual es autor el distinguido filólogo y diplomático español Germán de Granda.

El libro es breve, un poco más de doscientas páginas, y tiene el mérito de poner al alcance del público fenómenos lingüísticos que se relacionan con los demás aspectos de la vida en sociedad y se presentan en forma tan amena que el lector cierra el libro con una impresión de nostalgia. Por una parte nos gustaría leer más acerca del tema y por otra nos sentimos profundamente arrepentidos de no haber consagrado nuestras propias vidas al ejercicio de la filología considerada desde un punto de vista antropológico como la considera el autor.

No deja de ser espectáculo melancólico el de la situación actual del idioma español y su porvenir inmediato en Puerto Rico. Ya hemos visto morir en menos de un siglo el es-

pañol de Nuevo México y el de Filipinas y nos ha tocado en suerte presenciar la lenta agonía de nuestra lengua en la bellísima isla del Caribe. En relación con este punto el señor de Granda, respaldado en hechos incontrovertibles, nos deja muy pocas esperanzas. El español puertorriqueño está en trance de convertirse en un dialecto o, más exactamente, se presentará muy pronto un "estado de diglosia" con dos tipos de lengua, el español familiar y el español literario, ambos, desde luego, de muy poco prestigio frente al inglés.

Lo curioso del proceso de transculturación que se está efectuando en Puerto Rico está en las dos etapas que lo dividen. Desde la conquista militar de 1898 hasta 1948, es decir durante medio siglo, Puerto Rico sufrió las consecuencias de la implantación de un yugo colonial durísimo que procedió a destruir los fundamentos de la sociedad puertorriqueña y que intentó imponer una asimilación forzosa. El analfabetismo fue resultado lógico del sistema de educación pública que consistía en obligar a las maestras de escuela a enseñar a leer a los niños puertorriqueños en un idioma

que no era ni el de la profesora ni el de los alumnos.

Durante esa primera etapa se realizó también la inclusión de Puerto Rico dentro de la órbita económica estadounidense, proceso éste que se llevó a cabo con tanto éxito que, al presentarse la segunda guerra mundial, el capital absentista poseía la mayor parte de los terrenos dedicados a la caña de azúcar, controlaba el 85 por ciento de la industria tabacalera, el 60 por ciento del negocio bancario y el 50 por ciento de las inversiones en servicios.

Sería interesante exponer detalladamente la forma como los pequeños terratenientes puertorriqueños perdieron sus parcelas y fueron reemplazados por las grandes corporaciones financieras que operaban también en Cuba gracias a una maniobra que se podría llamar de reforma agraria a la inversa. Durante la época de coloniaje puro el Congreso de los Estados Unidos ejercía directamente las funciones de administrador de la isla y legislaba con el abierto propósito de fomentar y proteger los intereses de los grandes capitalistas norteamericanos.

Sin embargo en aquellos tiempos de arbitrariedad y de despojo la transculturación tuvo poco éxito en Puerto Rico. Los habitantes de la isla se aferraron a sus tradiciones y a su idioma y el resultado de lucha tan desigual fue el que era de esperarse: al terminar la segunda guerra mundial las clases trabajadoras de Puerto Rico estaban sumidas en la miseria y en el analfabetismo a tiempo que cundía el descontento en todos los sectores de la sociedad. Como corrían entonces los años de activa descolonización en Asia y en Africa el gobierno de Washington no quiso continuar desempeñando su papel, tan poco simpático, de conquistador que explotaba la pobreza puertorriqueña y resolvió otorgar cierta autonomía a la isla. Finalmente el Partido Popular Democrático de Luis Muñoz Marín encontró la cuadratura del círculo, la fórmula mágica del "Estado Libre Asociado" que fue aprobado por plebiscito y que constituye el actual *status* refrendado por el pueblo de Puerto Rico después de veinte años de vigencia en las elecciones de 1967.

Pues bien, en un país que goza de autonomía administrativa y en el cual la educa-

ción pública está en manos de nativos se está llevando a cabo con éxito aparente la labor de asimilación que fracasó durante la primera etapa, la del coloniaje al estado puro. Lo que no se logró por la fuerza bruta se está obteniendo ahora con relativa facilidad. No podemos entrar aquí en detalles y remitimos a los interesados al libro del señor de Granda que expone con lujo de erudición los diferentes pasos del fenómeno de transculturación.

El libro de De Granda constituye una lectura triste y hasta dolorosa pero que tiene aspecto positivo ya que nos hará más conformes con nuestra pobreza y nuestro subdesarrollo. La "solución" de Puerto Rico no será de la América Ibérica que va camino de convertirse en una segunda Asia. Nuestro continente es demasiado grande, sus necesidades son inmensas y los recursos que el Senado de los Estados Unidos parece dispuesto a consagrarles son tan insignificantes que aparecen como una burla cruel. Hay un elemento positivo que se destaca en medio de la ruina económica en que se encuentran estos países y es la conciencia que están tomando de sí mismos.

Si se hubiera presentado una era de prosperidad para nuestra América hubiéramos sentido la tentación de seguir los pasos de Puerto Rico hasta llegar a la pérdida de la esencia misma de la nacionalidad. La decisión no ha sido nuestra, pero el resultado está a la vista: aquí no habrá industrialización con ayuda de fuera, nuestros productos no recibirán en el mercado estadounidense el trato que merecen los artículos puertorriqueños en su metrópoli o los productos de las naciones africanas de lengua francesa en el mercado francés. Los discursos de los diplomáticos no pueden borrar la realidad del abandono en que se encuentra la América hispana que se ve empujada hacia un nacionalismo extremista por circunstancias que no han sido creadas por ella y que alejan cada vez más de las "soluciones" fáciles y de los espejismos de una prosperidad que no envidiará ningún lector del señor Germán de Granda porque hay beneficios que parecen dádivas y que resultan en final de cuentas demasiado costosos para quien los recibe.

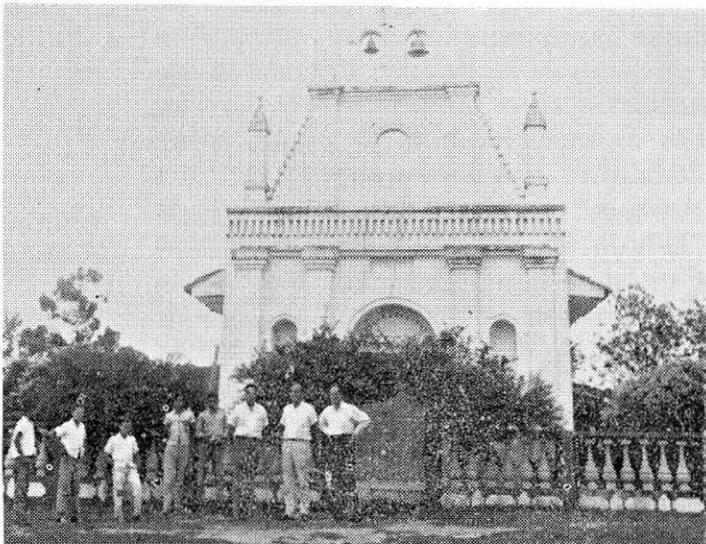
En *El Siglo*, Bogotá, 25 de julio de 1968.



DARIEN. — J. J. Montes interroga a un campesino.



TORO. — Avenida de los Conquistadores.



TORO. — Antonio Navarrete, el Alcalde y el Personero, en compañía de jóvenes de la población.

EN EL VALLE NUEVAS ENCUESTAS PARA E

El domingo 16 de junio de 1968 los miembros del Departamento de Dialectología del Instituto Caro y Cuervo tomamos en el aeropuerto de Bogotá el avión que, tras descender a la hoya del río Magdalena, remonta la Cordillera Central de los Andes y penetra en el hermoso valle del río Cauca, sobre el cual continúa volando hacia el sur hasta aterrizar en Cali.

El lunes 17 nos reunimos en esta ciudad con tres compañeros de la Universidad del Valle y marchamos a Darién (propriadamente llamado Darién-Calima), localidad poblada en su casi totalidad por “paisas” (caldenses y antioqueños), lo que, por supuesto, se refleja en multitud de fenómenos del habla, de las costumbres y de la cultura popular en general. La gente de este pueblo se queja de que la represa del Calima, sita en su proximidad inmediata, ha tenido algunos efectos negativos para la economía de la región: se ha prohibido derribar ár-

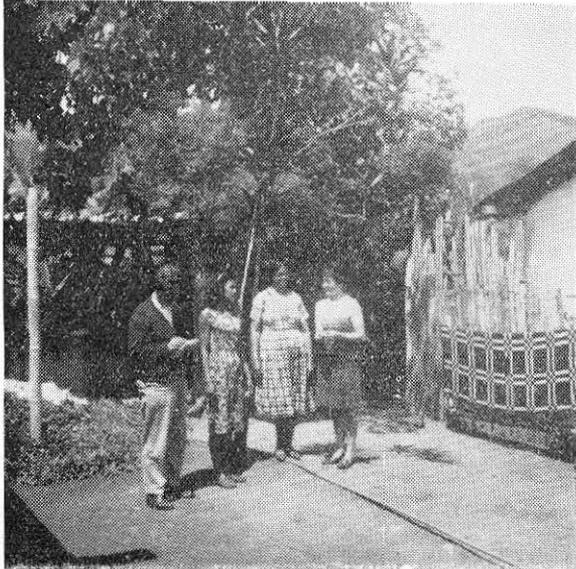


CALI. — Un paisaje del río Cauca.

DEL CAUCA AS LINGUISTICAS ATLAS

boles a fin de proteger las fuentes de abastecimiento de la represa y esto ha dejado sin trabajo a muchos campesinos que se dedicaban al aserrío. En Darién hay un crecido desempleo, según informes del alcalde y otras personas.

Caicedonia y Sevilla, hacia el noreste del departamento del Valle y en la inmediata vecindad del Quindío, son dos avanzadas étnicas de Antioquia: desde la profusión de cafés (establecimientos para tomar café) hasta los hábitos lingüísticos y otros varios, todo denuncia los moldes culturales de la zona antioqueño-caldense. Ambas localidades tienen clima benigno por estar situadas en las estribaciones de los Andes y son grandes productoras de café (ya se sabe que Sevilla es llamada la "capital cafetera de Colombia", aunque en Caicedonia dicen que ello se debe en parte a que mucho del café producido en Caicedonia se vende en Sevilla). Entre Sevilla y Caicedonia



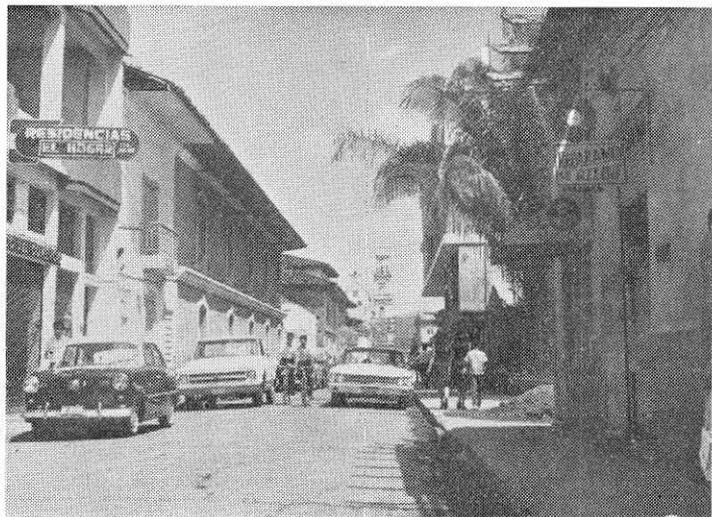
CAICEDONIA. — Dos informantes y dos exploradores del ALEC.



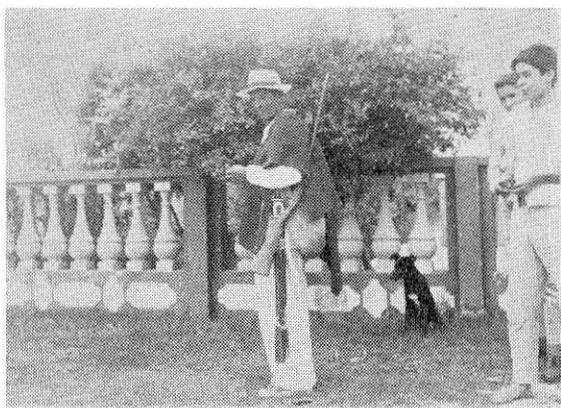
CAICEDONIA. — Método de transporte.



ANDALUCIA. — El parque.



SEVILLA. — Una calle.



TORO. — Vestuario de un campesino cazador.



ROLDANILLO. — Comedor de una casa.



ANDALUCIA. — Una casa.

tuvimos ocasión de observar marchando a pie por la carretera a varios seguidores de una curiosa confesión religiosa (¿alguna secta protestante?) llamados comúnmente los “encostalados” por marchar siempre cubiertos con costales o sacos de cabuya desde la cabeza hasta los pies, salvo la mitad de la cara y una pierna de la rodilla abajo. Tales personas no comen carne ni reciben dinero en efectivo, sino alimentos, llevan una cruz de madera y predicán el fin del mundo para el año 2.000.

De Sevilla fuimos a la ciudad de Cartago desde donde partimos a la simpática población de Toro, fundación de origen colonial, en donde el Sr. Alcalde y varios vecinos fueron muy cordiales con nosotros y colaboraron efectivamente al éxito de nuestro trabajo. Luego hicimos encuesta en Roldanillo y regresamos a Cartago para realizar otra en esta ciudad, en donde, no obstante las dificultades que de ordinario se ofrecen para este tipo de trabajo en localidades grandes, se pudo hacer la encuesta a satisfacción y con relativa facilidad gracias a la colaboración de las autoridades y de una familia cartagüeña amiga de la señorita profesora Elisabeth Mesa que viajaba en la Comisión del Atlas.

Cartago, con un clima cálido y seco, afamado como extraordinariamente sano y provechoso sobre todo para las personas de edad avanzada (se dice allá que hay en la ciudad ancianos hasta de 120 años), tiene, además, su arquitectura colonial más o menos bien conservada y un movimiento cultural de alguna consideración. Podría ser un lugar de turismo excelente para descansar, por su clima agradable y la relativa quietud y tranquilidad de que disfruta, si hubiera buenos hoteles o los que hay estuvieran bien administrados y atendidos.

Regresando de Cartago a Cali pernoctamos en Buga para hacer encuesta en Andalucía, localidad en donde contamos también con la entusiasta colaboración del Alcalde. Finalmente, volvimos nuevamente a Palmira para terminar la encuesta que se había iniciado allá en enero de 1968.

El Valle del Cauca en general da la impresión de ser una de las regiones más desarro-

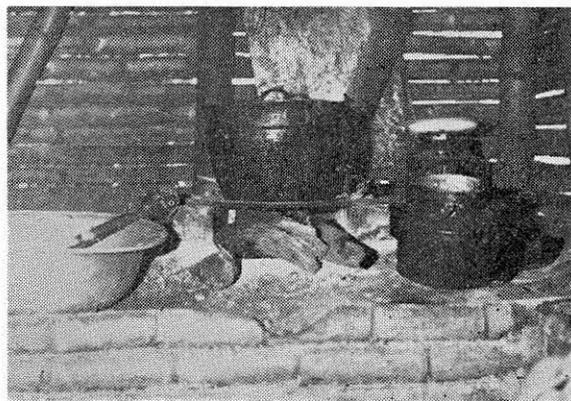
lladas de Colombia, con un nivel medio de vida relativamente alto y poca miseria en comparación con otros departamentos del país. Ningún otro Departamento posee tantas ciudades (Cali, Palmira, Buga, Cartago, Tuluá) que si no todas muy grandes sí son en general de aspecto muy agradable y de notable movimiento comercial. Las siete poblaciones vallecaucanas en donde estuvimos (desde el 16 hasta el 28 de junio inclusive) muestran cierto aire de bienestar y poseen servicios públicos más o menos buenos. Además, hay en el Valle muchos kilómetros de buenas carreteras. Todos estos factores, y la muy agradable compañía de los tres profesores de la Universidad del Valle con quienes hacíamos el trabajo, todos ellos comunicativos, dicharacheros, con un acervo inagotable de chistes y humoradas y con una gran capacidad para los juegos de vocablos, se sumaron al encanto del paisaje y a la delicia del moderado calor y del cielo soleado (¡qué contraste con el encogedor frío y con el oscuro y plomizo cielo bogotano!) para hacer de esta gira de encuestas para el Atlas colombiano casi la menos molesta o difícil de todas las que se han efectuado en el país.

Debe anotarse que en los pueblos del Valle vecinos de la Cordillera Central, algunos de los cuales como Toro, Roldanillo y Andalucía tienen parte de su territorio municipal en el valle y parte en la montaña, está muy rica la conciencia de las diferencias entre el valle geográfico (poblado generalmente por *caucanos*) y la Cordillera, en donde predomina la gente de Antioquia y Caldas. Parece, pues, que por dentro de los límites de tales municipios y de otros en similares condiciones, pasan importantes isoglosas. Es de admirar también el que habiendo sido el departamento del Valle tan atrozmente castigado por la violencia se perciba hoy un ambiente general de paz, confianza y trabajo y que aun en zonas como la sufrida Caicedonia la gente se muestre dispuesta a recibir bien a los forasteros y contestar extensos cuestionarios como el del Atlas, sin mayores prevenciones o recelos.

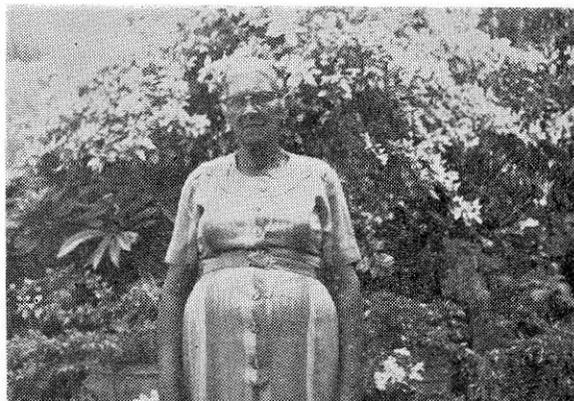
J. J. MONTES.



CAICEDONIA. — Casa donde se realizó una encuesta sobre vivienda.



ANDALUCIA. — Tipo de estufa en una cocina.



ROLDANILLO. — Una informante.

DON MIGUEL Y DON MARCELINO

CONTRAPOSICION Y CONFRATERNIDAD AMERICANISTA DE LOS DOS MAESTROS

Don Miguel de Unamuno y don Marcelino Menéndez y Pelayo —más de una vez usó en sus años juveniles esta elegante “y” coordinativa— fueron figuras — mentalidad y carácter — contrapuestas de dos generaciones coetáneas: la postromántica y la del 98. Nada raro que Unamuno se *contrapusiera*, en el sentido literal de contraposición, posición en contra (¿a quién y a qué no se contrapuso el indomable vasco, cuya obra debiera titularse toda con el mote de una de sus colecciones de ensayos y artículos: *Contra esto y aquello?*), a su maestro, el formidable cántabro de la *Ciencia española*. El proclamador desesperado y exasperado de la *Agonía del Cristianismo* no podía menos de discrepar en estilo y doctrina del paladín de la catolicidad a macha martillo, que en el tomo no escrito de su *Historia de los heterodoxos españoles* de seguro hubiera incluido, con todo respeto y aun con encomio a su discípulo bilbaíno y futuro rector de Salamanca, entre los herejes contemporáneos.

Y sin embargo, qué íntimos lazos, qué armonía de altos afectos y propósitos entrelazaban a estos dos claros varones de la España eterna: el mismo dolor de la España eterna; el mismo dolor de la patria, el mismo anhelo de redimirla de su postración y desvío, su misma hijodalga bizarría para defender los auténticos valores hispánicos, de enfrentarse con tezón y a todo evento a los detractores y menospreciadores de la patria, de la magna patria en que sus antiguas provincias de ultramar estaban entrañablemente comprendidas y unimismadas.

En el año universitario de 1883 a 1884 el joven Unamuno fue discípulo de Menéndez Pelayo en el campo oficial de Literatura Española, cátedra obtenida por el autor ya célebre de *Horacio en España* y *La ciencia española* cuando apenas contaba veintidós años, en unas oposiciones resonantes en que hubo de intervenir el prepotente Cánovas para obviar la dificultad legal de la menor edad del excelso aspirante. Luego en 1891, año que en mi *Claustro y tres maestros* fijé, por varios motivos, como el momento culminante de la vida intelectual y espiritual de Menéndez Pelayo, presidía el ya indiscutible — que no indiscutido —

maestro de la crítica y erudición españolas el tribunal de oposiciones que concedió la cátedra de lengua griega, en la Universidad de Salamanca, al joven licenciado Miguel de Unamuno, de veintisiete años, quien por treinta y tres años, en un primer período que se extiende hasta su destierro a la Isla de Fuerteventura, ordenado por la dictadura de Primo de Rivera, y después desde 1930 hasta su muerte, sobrevenida en el diciembre trágico de 1936, regentó esa cátedra de Letras helénicas y luego la Universidad de Salamanca de la que había sido antes vicerrector.

En el mencionado año de 91, fecundísimo para las letras españolas, Menéndez Pelayo había producido buena parte, y la más sustancial de su ingente obra; su discípulo y colega, fuera de iniciales artículos, venía ya preparando una novela, de título bien unamunescos, *Paz en la guerra*.

Si el estilo es el hombre, lugar común que a toda tesis sirve de comodín, y el estilo del hombre de letras se revela ante todo en su manera de construir con palabras su pensamiento, Menéndez Pelayo se caracteriza, en la manifestación formal de su entendimiento y sensibilidad, por la soberana elocuencia del período y la cláusula, y Unamuno por el rigor desenvuelto y desembarazado de la sentencia y de la frase coloquial. Menéndez Pelayo es el *verbo*, Unamuno es la *palabra*. El instrumento expresivo peculiar del escritor santanderino es la oración, en su más amplia estructura latina — *os magna sonatarum* —. El arma verbal de Unamuno es el monólogo, o más, el diálogo interior exteriorizado. Por eso, a pesar de haber compuesto volúmenes orgánicos, la *Historia de la ideas estéticas*, los *Orígenes de la novela*, la *Historia de los heterodoxos*, Menéndez Pelayo se desplegó naturalmente y sobre todo en discursos. Y no obstante su *Sentimiento trágico de la vida* y su *Vida de don Quijote y Sancho*, Unamuno se *dispersó* o mejor se *esparció* en artículos. Y hasta puede decirse que la obra de Menéndez forma una colección — densa colección — de discursos y la de Unamuno, una serie, múltiple serie, de artículos. Sin llegar a confundirse el autor del *Discurso sobre la*

poesía mística con el orador de curul y de plaza pública —cuán distinto Menéndez de Castelar— ni el ensayista del *Sentimiento trágico de la vida* con el mejor cronista o comentador de la hoja periódica.

Parece que los dos maestros se entendieron muy poco. Las históricas parejas rivales, émulas y aun malquerientes mutuas —recuérdense las pendencias Lope-Cervantes, Góngora-Quevedo, Forner-Iriarte—, renacían en estos dos propulsores de dos líneas paralelas del mismo amor patrio. El profesor de Salamanca ya le pone muchas restricciones al criterio de su gran maestro de Madrid, no sin encarecer —en una curiosa carta a Clarín de 1900— la necesidad de poner en práctica el *Hay que juntarlos* de don Marcelino, fórmula para hacer laborar unidos en una misma empresa de restauración nacional a escritores procedentes de diversos campos. Y en un desahogo vehemente a que tiende a cada paso la pluma de Unamuno, rompe así: “No me venga Ud. otra vez más con su Menéndez Pelayo —se dirige a un amigo anónimo—, el suyo, que al mío, al que me dio mi cátedra, conocí, admiré y quise. Pero... pero qué daño ha hecho la grandilocuente superficialidad del Menéndez y Pelayo mozo, el de los alegatos catalogicos —de catálogo— de la *Ciencia española*, el sectario de los *Heterodoxos españoles*, el forjador de la leyenda blanca y el que ofreciendo a nuestros estudiosos un cómodo remedio —vagos— les ha permitido no investigar por sí mismos. Aquel don Marcelino entregado al rastrero (*sic*) balmesismo —que es menos que el escocesisimo del sentido común, supuesto filosófico—, aquel don Marcelino para quien, como para algunos que se dicen sus discípulos, la mística no era, en rigor, no era más que un género literario y que por miedo de mirar a la mirada de la Esfinge se volvió a contarle las cerdas del rabo”. Y más adelante: “los heterodoxos que se le indigestaron a Menéndez y Pelayo cuando mozo y periodista de a folio”. ¡Motejar de periodista de a folio, de hoja volandera al ya profundo investigador de *Horacio en España* y expositor de la novela entre los latinos! Pero, a pocas vueltas, salta ya la contradicción paradójica, figura peculiar de su pensamiento: “Ahí está Menéndez y Pelayo cuya erudición y portentosa memoria tanto se alababa en su tiempo; pero en parte para escatimarle otras dotes fundamentales de su espíritu, la amplia y castiza arrogancia de su estilo—tan español también hasta en sus defectos— el soberano arte de resucitar épocas pasadas y su

soplo poético en fin. Poético, sí, incluso en sus poesías, robustas y llenas, de las que no se habla lo que se debiera y es por esto más que por su erudición —de la que por lo que hace a lo no español habría mucho que hablar— por lo que ha de quedar como modelo clásico”. Soplo poético, distinto de la poesía en forma, impulso confidencial, hálito de sí mismo, expresión sin rebozo del mundo interior: toda esta fuerza de intimidad espiritual, que pudiéramos llamar lírica, la poseyó con más firme y persistente dominio Miguel de Unamuno que Menéndez y Pelayo. Este fue hombre de conocimientos vivificados; aquél, varón de pensamientos vividos. Magos uno y otro de sendas artes de fascinación mental, que se pudieran denominar la *bibliomancia* y la *logomancia*, la seducción del libro y por el libro y la seducción del vocablo.

Si Menéndez Pelayo aplicó los dones y virtudes de la elocuencia limpia, caudalosa, vibrante, a dominar las ásperas zonas de la erudición y los sinuosos senderos de la crítica, Unamuno vivía sometiendo el rigor académico del lenguaje a un tratamiento acrobático enderezado a manifestar la inquietud e inconformidad de su espíritu.

Para una antología paralela de estos dos estilos del pensamiento español, entresacaría yo, y tal vez cualquier lector devoto de ambos maestros aceptaría igual selección, los capítulos, que por sí forman verdaderas piezas de la más eximia oratoria, consagrados en los tomos IV y V de la *Historia de las ideas estéticas* en España a Chateaubriand, a Lamartine, a Víctor Hugo y a Musset entre los más calificados románticos franceses y a Goethe, Schiller y Hegel entre los excelsos valores de la cultura germánica, poniéndolos al lado, o más bien frente a un manojo o haz de ensayos recogidos sin discriminación en las colecciones que se han formado de la prolífera producción de Unamuno. Porque para esta siega caprichosa nos serviría de acicate esta perentoria confesión del mismo Unamuno en el comienzo de su artículo —*artejo* lo llamaría su propio autor— *Sobre mí mismo*, donde está de cuerpo y alma enteros este don Miguel de toda España desde el primero hasta el último término: “No faltaré lector —empieza— que al leer el título de este pequeño ensayo cínico se diga: ¡pero si nunca ha hecho usted otra cosa que hablar de sí mismo! Puede ser que mi constante esfuerzo es convertirme en categoría trascendente, universal y eterna. Hay quien investiga un cuerpo químico; yo investigo mi yo, pero mi

yo concreto, personal, viviente y suficiente. ¿Egotismo? Tal vez; pero es el tal egotismo el que me liberta de caer en el egoísmo... Con nadie me entiendo mejor que con los demás egotistas, es decir, con los cínicos, con los sinceros, y no soporto la hipocresía, que consiste en sacrificar la sinceridad a la veracidad. Sí; ser veraces, muy bien; pero si ser veraz es ser fiel a la verdad, tan verdad como el binomio de Newton es cualquiera de nuestras flaquezas y pasiones. Lo que busco es gente que se confiese, y lo busco porque me interesa el hombre individual y concreto”.

Y que entre las magníficas —y muchas maravillosas— páginas de don Marcelino se me ocurre enarbolar las que compuso para enjuiciar a máximos pensadores y poetas no católicos o por lo menos tachables desde el punto de vista doctrinario tiene precisamente por fin manifiesto hacer comparecer a plena luz la actitud del crítico en trance de impartir justicia estética y aun moral a quienes estaban más alejados de su concepción del mundo y de la vida y aun de sus propios gustos, aficiones y educación humanísticos. Nunca brilló con más esplendor de amplitud y zagalidad justicieras la prosa del autor de las *Ideas estéticas* que cuando se dio toda a penetrar en el espíritu creador de los genios literarios y filosóficos heterodoxos o incrédulos. Y nunca halló mejor coyuntura de exhibir su quijotesco *Yo soy quien soy* el autor de *En torno al casticismo* que cuando en sus artículos de *Contra esto y aquello* afirmó su criterio de españolidad radical ante el genio extranjero.

Se pondría de manifiesto la antítesis conceptual y temperamental Menéndez-Unamuno —establecido el paralelismo de sus propósitos nacionalistas— si en esta antología imaginaria de los dos maestros que se me ha ocurrido proponer enfiláramos el discurso de Menéndez Pelayo sobre *Las interpretaciones del Quijote* con el artículo de Unamuno sobre *Lectura e interpretación del Quijote*, producidos a distancia de un año: de 1904 a 1905. En aquella oración se escudriña lo que hay de oculto y arcano en el libro, su virtualidad interpretativa; en este ensayo se debate fogosamente sobre el *ser* de don Quijote, sobre el valor existencial del héroe, separado, desprendido, con gesto casi hostil, junto con su personal complemento Sancho Panza, del autor del libro. Allá se trata del *saber* de Cervantes; acá del *ser* de su creación. Menéndez Pelayo mira profundamente desde afuera; Unamuno mira hondamente desde adentro. El crítico —orador crítico— de Santander cala con parsi-

monia desde la obra, desde el libro hacia el hombre. El crítico —polémico ensayista— de Bilbao, busca, desde luego, el hombre —el ser humano concreto— por entre su obra, su libro. Y tanto el hijo del puerto castellano como el hijo de la industriosa villa vascongada se portan como magos en su respectivo empeño: el uno es un *bibliomántico*, el otro un *andromántico*.

Tanto en los discursos y estudios del uno como en los ensayos y artículos del otro, abundan en los dos maestros peninsulares los juicios, referencias y noticias acerca de escritores y personajes de Hispanoamérica. Gratísima e inapreciable deuda de reconocimiento que tiene contraído el mundo cultural de las antiguas provincias ultramarinas con estos dos gloriosos paladines de la auténtica hispanidad. Afirma Felipe Cossio del Pomar en escrito conmemorativo de Unamuno (*Cuadernos*, septiembre, 1964) que los artículos del joven profesor vasco influyeron en la decisión de Menéndez Pelayo de publicar el primer tomo de su *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893), libro que, como bien dice Pomar, “hace conocer en España las actividades literarias de las antiguas colonias” e “inicia un verdadero descubrimiento de América”. No creo en esa influencia de Unamuno en el proyecto americanista del ya célebre historiador santanderino. No tenían los primeros escritos del profesor bilbaíno suficiente penetración en los círculos académicos en que se movía Menéndez Pelayo para proyectar su sombra de alumno sobre la aureola del maestro. Desde 1887 y aun antes venía documentándose sobre las letras hispanoamericanas, a juzgar por su correspondencia con don Juan Valera, entonces mucho más interesado que todos los demás españoles cultos por la producción literaria de las antiguas colonias. Había además un intercambio de cosa escrita que no se ha repetido en la misma medida cordial, dadas las dificultades de comunicación y los explicables recelos mutuos. La ocasión del cuarto centenario del Descubrimiento y la buena acogida que a la sazón estaban recibiendo por estas latitudes las *Cartas americanas* de don Juan Valera fueron, a buen seguro, incitantes para que Menéndez Pelayo llevara adelante su empresa de escribir una historia de la poesía hispanoamericana. Si de alguien recibió estímulo para tal empeño fue de su ilustre amigo y correspondiente don Miguel Antonio Caro. Después de haberse lamentado aquel en carta a Caro, desde 1878, del “aislamiento literario en que hasta ahora (y por desgracia) hemos vivido los españoles de uno y

otro hemisferio" le excita así, desde Santander, en carta del 27 de julio de 1879: "Mucho agradeceré a usted que continúe abriendo a mis ojos ese mundo literario americano que es para nosotros tierra incógnita". Y a través de la correspondencia entre don Marcelino y don Miguel Antonio se puede comprobar que el más apreciado y valioso proveedor bibliográfico, noticioso y crítico de la futura Historia y Antología, de la poesía hispanoamericana, fue nuestro magno escritor y hombre público. Coadyuvó en esta ambiciosa y generosa tarea el espíritu sutil y sinuoso de don Juan Valera, talento más amplio y flexible e ilustración más al día que su más joven y erudito amigo. Si bien esos altos propósitos de confraternidad aparecen un tanto enturbiados o rebajados por los asomos de olímpico desdén o de caritativa conmiseración con que los *Grandes* de la Crítica española, incluyendo a Clarín en ese tribunal espontáneo, se refieren a los valores literarios de las antiguas colonias de Ultramar. El espíritu magnánimo de don Marcelino —y en esto sí que influyó el distante magisterio de nuestro Caro— supo sobreponerse a estas propensiones despectivas de la mentalidad común europea en relación con los pueblos de la América latina.

Pero en comprensión cordial, y más justamente fraternal que maternal, sobrepasó a los grandes maestros el joven, y aun el ya provector, maestro de Salamanca Miguel de Unamuno: cumplida ocasión —ahora que se agudiza el anhelo e intento de una integración hispanoamericana— para releer y glosar los artículos que en *Contra esto y aquello* y en *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana* dedicó Unamuno a temas y autores de nuestra América: sobre la argentinidad, sobre sus caracteres generales, agudamente glosados, de la república de nuestras letras, "una misma aquende y allende el Océano", sobre la educación del criterio americano por la historia, sobre la escasa imaginación tanto de los españoles como de sus hijos de América y sobre Silva, sobre José Asunción Silva, de quien dijo cosas inexactas al lado de sagaces y provechosos juicios acerca del problema intelectual hispanoamericano. Y conste que ni Menéndez, por de contado, ni Valera, honrado lector, ni mucho menos Unamuno hablaron de oídas, o por simple ojeada, sino juzgando lo que leían a fondo, fuese del mérito que fuera.

No todo sin embargo era plena absolucón con loores y zalemas en este juzgado literario abier-

to a las letras ultramarinas por los magistrados de la crítica peninsular.

Desagrada, en la intimidad de la correspondencia de Valera y Menéndez Pelayo y en conceptos de Clarín a propósito del segundo, tropezar con brotes que nos suenan a prejuicio conquistador, y que derivan a guasa como la de tratar de chichitos a los hijos de las redimidas colonias: *chichito*, vocablo que debe traer su origen despectivo de la locución familiar "de chicha y nabo" con que se moteja a una persona o cosa de poca importancia.

Justificable sería, y aun necesaria en sano juego de crítica, esa posición severa si se aplicase la misma vara de justicia a medianías intelectuales españolas inferiores en valor poético a las de estos trópicos indoiberos. ¿Qué tanto va del señor Torres Caicedo al señor conde de Almenara? Pero no quiero mover querella retrospectiva a los Mayores de la antigua metrópoli. ¡Harto injustos hemos sido con los propios exponentes más eximios de nuestro pensamiento literario!

Echemos, hijos de Centrosudamérica, esos pelillos a la mar Océana y miremos solo con apetitoso regocijo los frutos de ese primero y fecundo acercamiento por lo alto: los capítulos que introducen a la Antología de poetas líricos hispanoamericanos y que configuran la historia de la cultura literaria de este hemisferio hispánico en el siglo XIX por don Marcelino Menéndez y Pelayo, profesor de la cátedra de Historia de la Literatura Española del doctorado en la Universidad de Madrid, capítulos todos que son otros tantos discursos de documentada elocuencia —nunca como en Menéndez la efusión oratoria se alió tan estrechamente a la vasta y rigurosa erudición—. Y recibamos con repetido halago el benéfico revulsorio contenido en los ensayos y artículos —podrían editarse en volumen armónico— que sobre nuestros hombres y libros escribió don Miguel de Unamuno, rector de la gloriosa Universidad de Salamanca.

Don Miguel y don Marcelino —y los cito en orden inverso de calidad magistral y en ese respetuoso trato de confianza con que tratamos a nuestros maestros, porque fue a raíz del centenario del nacimiento (1964) de aquel gran inconforme arrebatado por el tremendo vendaval del año 36 cuando se me vino en mientes asociar uno y otro nombre, Unamuno y Menéndez Pelayo, tan disímiles en carácter y temperamento, tan opuestos en ideología—, concordaron tácitamente su mente y voluntad patrióticas en la comprensión viva y efectiva de este Nuevo Mundo geográ-

fico y cultural, descubierto, conquistado, colonizado e *independizado* por la "sangre de Hispania fecunda".

ARMANDO ROMERO LOZANO.

Santiago de Cali.

BIBLIOGRAFIA

Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1905). Con introducción de Miguel Artigas y Pedro Saínz Rodríguez, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

Epistolario de don Miguel Antonio Caro, Correspondencia con don Rufino J. Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo. Introducción y notas por Víctor E. Caro, Bogotá, Editorial Centro, 1941.

Historia de las ideas estéticas en España, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, cinco tomos, 1883-1891.

MIGUEL DE UNAMUNO, *Contra esto y aquello*, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1941.

Un claustro y tres maestros por Armando Romero Lozano, Biblioteca de la Universidad del Valle, 1958.

GUILLERMO DE TORRE, *Tres conceptos sobre literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, Losada, 1963.

EN LA MUERTE DE J. C. ANDRADE

EVOCACION, CON ALGO DE HISTORIA AL FONDO

La muerte del Padre José Celéstino Andrade me lleva hoy a una serie de consideraciones, que espero serán digno homenaje a su memoria y que tendrán significativo interés para quienes lo conocieron, admiraron y apreciaron. Desde luego no voy a detenerme haciendo un recuento de sus merecimientos y realizaciones, porque esto ya se ha hecho, ni tampoco voy a evocar las circunstancias concretas de su muerte, porque también he visto escrita y publicada una sentida página al respecto. Lo que voy a hacer es una evocación, con algo de historia al fondo, de esa personalidad humana, señera y enigmática del Padre José, que hoy se pone ante nosotros como lección perdurable y ejemplar.

Por allá en el año de 1889 establecía don Miguel Samper en Bucaramanga una sucursal de su conocida casa comercial, poniéndola bajo el cuidado de los señores Eugenio Andrade Suescún y Francisco Barreto. "El segundo era descendiente de distinguida cepa raizal de esta ciudad (Bucaramanga) y el primero lo era de una clarísima estirpe santafereña" (Pedro Elías Novoa, en *Juventud Claveriana*, Bucaramanga, noviembre de 1931).

El 31 de enero de 1894 Eugenio Andrade unía su vida con la de Inés Valderrama Ordóñez, hija de una familia de auténticas virtudes patriarcales, dando origen así a una tradición que en los Andrade Valderrama tuvo mucho de levítica. Era, como lo cantó uno de sus hijos, la realización de un sueño: "Entre naranjos y limoneros / soñé que andaba por un jardín, / en que las brisas se embalsamaban / con el aroma de ro-

sas mil..." (*A la sagrada memoria de Eugenio Andrade*, Bogotá, Edit. Manrique, 1933).

El matrimonio de Eugenio e Inés y los primeros años de su fructificación en hijos, que siempre recibieron con alegría y confianza en Dios, coincidió con la llegada a Bucaramanga del Padre Mario Valenzuela, quien ya desde el año de 1856 había saltado a la arena de las polémicas religiosas, tan de moda entonces, impugnando las teorías sectarias de quienes no podían ver con buenos ojos la pervivencia de los ideales cristianos entre nosotros. Precisamente el 29 de marzo de 1899 hacía Miguel Antonio Caro una conmovida memoria de su amigo de luchas e inquietudes, rector entonces del Colegio de la Compañía en Bucaramanga, bajo el título general de *Lo que va de ayer a hoy en materia de educación*, en *El Orden*, de Bogotá.

El encuentro del Padre Mario y de Eugenio Andrade tuvo para éste un significado realmente excepcional, pues fue él quien modeló espiritualmente el alma de Eugenio y quien debió de poner en su familia la semilla que más tarde iba a reventar en esa aparición reiterada de vocaciones para el sacerdocio y la vida claustral con que Eugenio e Inés regalaron a Dios y a su Iglesia. Esto, desde luego, sin descontar la influencia que en Eugenio tuvo que ejercer la virtud acrisolada y ejemplar de su padre Hermenegildo.

Cuando en 1910, después de haber servido a Santander como gobernador en la administración González Valencia, Eugenio Andrade dejaba su tierra adoptiva para volver a su entrañable Bogotá. Julio Estévez Bretón escribió en *El Santande-*

reano (Bucaramanga, 10 de diciembre de 1910) una bella página en la que destacaba precisamente estas relaciones de amistad espiritual entre el Padre Mario y Eugenio. Decía: "Quisiera yo, para esbozar mejor con una sola pincelada el carácter de Eugenio, citar aquí una frase elocuente que en cierta ocasión oí de los labios mismos del sabio y meritísimo jesuíta, tan conocido en todo Colombia con el nombre de Mario Valenzuela, refiriéndose a Eugenio... Sin embargo, no me atrevo a repetir la frase. Ella encierra un elogio muy grande, no solo por el concepto en sí sino por venir de labios tan autorizados; y no la cito para no ofender la modestia de Eugenio».

Llegaron, pues, Eugenio e Inés con sus hijos a la vieja casona de Las Aguas, soportando con entereza y confianza en la Providencia una situación económica nada próspera, pues el hijo espiritual del Padre Mario no había vacilado en compartir lo suyo con los pobres y había sido por lo demás víctima de las habilidades no rectas de algunos supuestos amigos. La alegría familiar, fundada para el caso en valores religiosos, no sufría mengua y así viva estaba siempre la esperanza.

Todas las mañanas, muy de madrugada, salía de Las Aguas y tomaba el camino de la iglesia de San Ignacio un jovencito de escasos trece años, José Celestino, quien iba a ayudar a las misas que allí se decían y a tomar como recompensa por el servicio un frugal desayuno donde los jesuitas. Así, en estas diarias visitas, nació la vocación del futuro Padre José Celestino, quien a poco tiempo ingresó en la casa establecida en Chapinero por el Padre Mario Valenzuela, enero de 1887, cuando como superior de la misión centroamericana y restaurador de la Compañía de Jesús en Colombia abrió aquella casa de probación.

Nuevamente se juntaban por caminos inescrutables los anhelos religiosos y apostólicos del Padre Mario y los de un Andrade, esta vez José Celestino, el hijo de Eugenio, el que inició ese desfile de vocaciones que llegaría al significativo número de cinco. Al celebrarse las bodas de oro sacerdotales del Padre Mario, José, que debía ser apenas un iniciado en la vida jesuíta, escribió un poema, *Ocaso*, en que cantaba: "Un sol en el ocaso; ¡qué bellezas / de luz crepuscular! / ... Tal es tu noble vida; luz de ciencia, / calor de santidad / vertiste en el zenit de tu existencia, / y ya en la ancianidad, / cuando el cuerpo cansado por las lides / de asiduo batallar, / se doblega a la tierra, como el árbol / de su fruto al caudal...".

Pero la influencia definitiva, la que marcó de por

vida el espíritu de José, fue la de Eugenio, su padre. De esto estoy seguro y abundan además los testimonios.

El 15 de noviembre de 1920 los hijos de Eugenio Andrade, organizados esta vez por mi padre, le ofrecieron una velada lírico-musical con motivo de su onomástico, y en ella mi madre recitó unos versos que José, el jesuíta, mandaba desde su retiro. La composición se intitulaba *Gratitud* y en ella evocaba la imagen de su padre:

"De mi pecho en el fondo se levanta / de un padre noble el hermoso rostro / con la belleza de una vida santa, / con la hermosura de la paz serena / que al justo otorga su conciencia buena, / y ante esa imagen con amor me postro; / porque es de santidad vivo modelo, / porque a su rectitud y sufrimiento, / me dice sin cesar el pensamiento, / deber mi ser feliz casi del cielo".

Pasaron los años y Eugenio rindió su jornada. Con esa ocasión escribió José una bella carta a sus hermanos Bernardo y Vicente, jesuitas como él, en la cual les contaba y participaba el doloroso trance: "... aquel día parece que ya tenía cable del cielo, pues pocos minutos antes le dijo a mamá que ya sólo quería silencio, soledad y muerte, y la recibió como se la había pedido al Señor, sin ninguna agonía, pues todo fue recostarse en la almohada, cerrar él mismo los ojos y quedarse plácidamente dormido en el Señor..." (*Eugenio Andrade*, Zi-ka-wei, Shanghai, Imprimerie de T'ou Sé Wé, 1932).

Me ha impresionado profundamente la lectura de esta carta, porque en ella veo casi retratada la muerte que mi Dios le tenía reservada a José. Así, con esa calma maravillosa que él vio en la muerte de su padre, esperó silencioso y solitario a la Hermana Muerte. Nadie fue testigo de ese encuentro, pero a juzgar por la paz que irradiaba el rostro de este buen hijo de Ignacio de Loyola, el encuentro con la señora no tuvo nada de tragedia y mucho de inexplicable alegría.

Porque al caso de José bien pueden aplicarse los versos que él compuso en ocasión semejante y que intituló *En la muerte de mi padre*:

Fue la muerte tu vida, que proscrito
Se halla en la tierra siempre el hombre recto
Que persigue un excelsior infinito
Y encuentra en realidades lo imperfecto.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

LIBROS INCORPORADOS EN EL MES DE JUNIO DE 1968

- ABADIE ALCARDI, ANÍBAL. — Recordando a Andrés Bello. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1966. 233 p.
- ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA, *Bogotá, ed.* — Anuario de 1874. t. I. Bogotá, Imp. de El Tradicionista, 1874. 284 p.
- ACADEMIA DE CIENCIAS DE UKRANIA, *comp.* — *Ziirnik Naukovij prats.* Kiev, Academia de Ciencias de Ucrania, 1958. 138 p.
- ACADEMIA DE CIENCIAS de la U. R. S. S., *ed.* — *Historii biblioteki Akademii Nauk SSSR 1714-1964.* Moscú, Izatel'stvo "Nauka", 1964. 599 p.
- ALBORNOZ, AURORA DE. — La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado. Madrid, Edit. Gredos, 1968. 368 p.
- ALVAR, MANUEL. — Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía. Granada, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1963, 1964. 3 v.
- ALVARADO DE RICORD, ELSIE. — La obra poética de Dámaso Alonso. Madrid, Edit. Gredos, 1968. 177 p.
- AMAYA MARTÍNEZ, SANTOS. — Nuestra lengua. Cuarto curso. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 365 p.
- Nuestra Lengua. Quinto curso. Bogotá, Edit. Voluntad, 1967. 383 p.
- ANDRADE VALDERRAMA, JOSÉ CELESTINO, S. J. — Cicerón: psicología de su oratoria. Bogotá, Edit. Santafé, [s. a.]. 160 p.
- Cristo: homenaje de amor. Bogotá, Edit. Iris, 1967. 109 p.
- Homero y la épica universal. Bogotá, Imp. del Corazón de Jesús, 1938. 446 p.
- Horacio, poeta lírico. Bogotá, Empresa Nal. de Publicaciones, 1956. 308 p.
- María. Bogotá, Edit. Iris, 1961. 101 p.
- Vida de Jesús: el niño Dios. Bogotá, Edit. Pax, 1946. 141 p.
- Virgilio, poeta de Roma. Bogotá, Imprenta del Corazón de Jesús, 1933. 112 p.
- ARBELÁEZ LEMA, FEDERICO. — Colombia física y económica. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 335 p.
- Geografía universal: América, Oceanía, Regiones polares. Bogotá, Edit. Voluntad, 1967. 349 p.
- Geografía Universal: Asia, Europa, Africa. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 335 p.
- ARROM, JOSÉ JUAN. — El mundo mítico de los taínos. Notas sobre el Ser Supremo. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 16 p. láms. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3, 1967.
- BAGUÉ, ESTEBAN. — Lingua: manual de redacción castellana. 3ª ed. Barcelona (España), Edit. Vicens-Vives, 1967. 204 p.
- BANCO DE LA REPÚBLICA, *Bogotá, ed.* — Museo del Oro del Banco de la República. Bogotá, Banco de la República, 1968. 50 p.
- BARRELL, JOSEPH. — A philosophical study of the human mind. New York, Philosophical Library, 1964. 575 p.
- BEDOYA OSPINA, JESÚS A. — Español y literatura. Curso 5º. Medellín, Edit. Bedout, 1967. 258 p.
- BECKER, ANGÉLICA. — Definiciones. Madrid, Edit. Cultura Hispánica, 1968. 98 p.
- BÉNICHOU, PAUL. — Creación poética en el romancero tradicional. Madrid, Edit. Gredos, 1968. 184 p.
- BIBLIOTECA OFICIAL DE LITERATURAS EXTRANJERAS, *comp.* — Pablo Neruda, Bibliografía ukazatel. Moscú, Edit. Izdatels'tvo Vesesoiusnoi Kniznoil Palatî, 1960. 74 p.
- BONFANTE, GIULIANO. — History and the Italian dialects. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, [s. a.]. 108 p. Separata de Zeitschrift für Mundartforschung Neue Folge, 3, 4.
- BRICEÑO, MANUEL, S. J. — La "Salutación del optimista" de Rubén Darío. Versión latina. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1967. 4 p.

- 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3, 1967.
- BRONX, HUMBERTO. — Francisco A. Zea y selección de sus escritos. Medellín, Imp. Municipal, 1967. 155 p.
- 20 años de novela colombiana. Medellín. Edit. Granamérica, [s. a.]. 113 p.
- BROSS, DIETER, *comp.* — Epistolario de Rufino José Cuervo y Hugo Schuchardt. Bogotá, Imp. Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 1958. VII, 289 p. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Archivo Epistolar Colombiano, II).
- BUX, L. M. R. — La "Marcha triunfal" y el "Cortejo nocturno". Comparación entre Rubén Darío y Paul van Ostaijen. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 11 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3 1967.
- CALDECOT CHUBB, THOMAS. — The letters of Pietro Aretino. New York, Archon Books, 1967. 362 p.
- CAMACHO PEREA, MIGUEL. — Geografía e historia del departamento del Valle del Cauca. 7ª ed. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 131 p.
- CÁRDENAS, DANIEL. — El español de Jalisco. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967. 201 p. (Anejos de *Revista de Filología Española*).
- CARO MOLINA, FERNANDO. — Jiménez de Quesada y la lengua española. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 20 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXIII, N° 1, 1968.
- CARRERA DAMAS, GERMÁN. — Sobre la teoría y la práctica de la enseñanza de la historia en una era de cambios. Caracas, Univ. Central de Venezuela, 1966. 14 p.
- CASALDUERO, JOAQUÍN. — Estudios de literatura española. Madrid, Edit. Gredos, 1967. 362 p.
- D'ANGELO, GIUSEPPE. — Apuntes de fonología literaria sobre la prosa de José Enrique Rodó. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 19 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3, 1967.
- Presencia de la maternidad en la poesía de Gabriela Mistral. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 32 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 2, 1967.
- DAVIDSON, HARRY C. — Los carros de yunta en Colombia. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 8 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 2, 1967.
- Los carros en Colombia. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3, 1967.
- DEVOTO, GIACOMO. — Gli antichi italici. Firenze (Italia), Vallecchi Editore, 1967. 309 p.
- EASTMAN, JORGE MARIO. — El milagro alemán. Bogotá, Edit. Tercer Mundo, 1968. 186 p.
- FARÍA, JOSÉ RAFAEL. — Psicología experimental lógica. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 428 p.
- FIERRO TORRES, RODOLFO, S. S. — Memorias. Al pasar los 88: 1879-1968. Barcelona, Ediciones Don Bosco, [1968]. 640 p.
- FILIPIS, MICHELE DE. — The literary riddle in the Eighteenth Century. Berkeley, University of California Press, 1967. 204 p.
- FLÓREZ, LUIS. — Temas de castellano: notas de divulgación. 2ª edición. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1967. 383 p.
- FONTANELLA, MARÍA BEATRIZ. — La "s" post-apical en la región bonaerense. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 7 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3, 1967.
- GARCÍA, JULIO CÉSAR. — Curso Superior de Historia de Colombia, 4º curso. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 339 p.
- Los primitivos. Bogotá, Edit. Voluntad, 1968. 285 p.
- GARCÍA DE PROODIAN, LUCÍA. — Los judíos en América: sus actividades en los Virreinos de Nueva Castilla y Nueva Granada. S. XVII. Prólogo de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1966. xxii, 565 p., 1 h. ilus. (facsíms.). 24 cm. (Instituto "Arias Montano". Serie E, 2).
- GARIANO, CARMELO. — El mundo poético de Juan Ruiz. Madrid, Edit. Gredos, 1968. 262 p.
- GRANDA GUTIÉRREZ, GERMÁN DE. — Formas en -re en el español atlántico y problemas con-

- xos. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 24 p., 23 cm. Separata de *The-saurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXIII, N° 1, 1968.
- Transculturación e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo (1898-1968). Bogotá, [Imp. Patriótica del Instituto Caro y Cuervo], 226 p. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XXIV).
- Sobre el estudio de las hablas "criollas" en el área hispánica. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 11 p. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXIII, N° 1, 1968.
- GREENE, ROBERT W. — The poetic theory of Pierre Reverdy. Berkeley, University of California Press, 1967. 105 p.
- GUEVARA BAZÁN, RAFAEL. — Apuntes sobre motivos árabe-islámicos en las letras hispano-americanas. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 15 p. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 2, 1967.
- El Inca Garcilasso y el Islam. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 11 p. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, N° 3, 1967.
- GUTIÉRREZ VILLEGAS, JAVIER. — Antioquia: Su geografía, Curso 3º. Bogotá, Edit. Voluntad, 1967. 79 p.
- HEGER, KLAUS. — La conjugación objetiva en castellano y en francés. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1967. 23 p. tabs. 23 cm. Separata de "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXII, 1967.
- HERNÁNDEZ DE OSPINA, BERTHA. — Mis jardines de orquídeas. Medellín, Edit. Gramma, 1967. 37 p.
- HERNÁNDEZ NORMAN, ISABEL. — Miguel Antonio Caro: vida y obra. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 134 p. Front. (ret.), ilustr. (incl. rets.). (Filólogos Colombianos, 6).
- INSTITUTO CARO Y CUERVO, Bogotá, ed. — Ezequiel Uricoechea: noticia biobibliográfica y homenaje en la ciudad de Bruselas. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 104 p., 1 h. (Filólogos Colombianos, 5).
- INSTITUTO DE ETNOGRAFÍA, ed. — Kultura Indeehev. Moscú, Akademia de Ciencias de la U. R. S. S., 1963. 326 p.
- INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS. — Estudios de cultura náhuatl. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967. 288 p.
- Estudios de historia moderna y contemporánea de México. México, D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1967. 247 p.
- Manual de las fórmulas de los juramentos. — México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967. 37 p.
- JASPERS, KARL. — Psicología de las concepciones del mundo. Madrid, Edit. Gredos, 1967. 638 p.
- JÁTIVA, ALFONSO. — De cara al sol. Panamá, Imp. Cervantes, 1968. 84 p.
- Luther King ha muerto. — Panamá, Imp. Panamá, 1968. 44 p.
- Las separatas. Panamá, Imprenta Cervantes, 1968. 31 p.
- JUILLAND, ALPHONSE, *coautor*. — Frequency dictionary of Spanish words by Alphonse Juilland and E. Chang-Rodríguez. The Hague, Mouton, 1964. LXXVIII, 500 p. ilustr. (gráficas) 27 cm. (The Romance Languages and their Structures. First Series S, 1).
- LEDESMA MEDINA, LUIS A. — Extensión y trascendencia de una lengua. Fijación del quechua en el Tucumán histórico. Santiago del Estero (Argentina), Dirección Provincial de Turismo, 1961. p. 3-10.
- La lengua quichua en Santiago del Estero. Córdoba (Argentina), Universidad Nacional de Córdoba, 1962. p. 201-217.
- Samuel A. Lafone Quevedo y Miguel Angel Mossi. Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de Catamarca, 1966. p. 3-6.
- LEFÈVRE, J. E. — Ligeros apuntes sobre derecho internacional. Panamá, Edit. Panamá, 1959. 16 p.
- LEÓN, MARÍA TERESA, *comp.* — Doinas y baladas populares rumanas. Buenos Aires, Edit. Lozada, 1963. 109 p.
- MCGRADY, DONALD. — Diez poesías olvidadas de José Asunción Silva. Bogotá, D. E., Instituto Caro y Cuervo, 1968. 16 p. 23 cm. Separata de *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XXIII, N° 1, 1968.